

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA

El Blanco de Lepanto  
ó  
Un Hijo de Alcalá.

Cardenal Cisneros

Donantes : los autores.

BIBLIOTECA



Al Excmo. Ayuntamiento  
de Alcalá de Henares.

Los autores.

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA

# El Alzance de Lepanto Un Hijo de Alcalá.

---

Episodio semi histórico en un acto y  
en prosa, original de los señores D. Jesús-  
López Gómez y D. Antonio Perea y Riarza

---

Cardenal Cisneros

# BIBLIOTECA

## — Personas. —

Doña María de los Angeles.

Agueda.

Doña Doña Bignel de Cervantes

Zascandil.

Cesar de Vrontia.

Espinosa.

El alcalde de Casa y Corte.

Un Page.

Familiares del Santo oficio, emborados  
y espadaachines.

---

La época en el siglo XVI.

Cardenal Cisneros

# BIBLIOTECA

## —Acto único.—

Extensas tapias arriñadas cierran el foro: en lontananza y sobre las tejas que coronan las tapias, rese la floresta y copa de los árboles de un bosque frondoso y dilatado.

Et la derecha del espectador la fachada de la puerta principal de un convento. Puerta y cancela de hierro practicables. Et la cancela dan acceso enatro peldaños de piedra. Encima de la puerta y empotrada en una hornacina, la imagen de Santa Ursula alumbrándola dos faroles.

En la izquierda, la fachada, así mismo, de una vivienda de rústico aspecto y pobre, con puerta y ventana practicables. Et lado derecho de la ventana y debajo de esta un árbol, á cuyo pié se verá un sitial de madera, toscamente labrado.

Principia á anohecer.

### —Escena I.—

Despues de mucha pausa interrumpida tan solo

por los fulgores del relámpago, y el trueno, se percibe el triste sonido de una campana que toca á la oración. Despues de la última campanada, aparece por el atrio del convento, Zascandil, embuelto en un largo tabardo negro, ocultando un cesto con platos, pucheros y comida.

Zascandil apareciendo en el dintel de la cancela y santiguando:

¡Jesús! ¡María! y José!

¡Válgame Santa Ursula y San Celedonio, mala noche nos espera.

¡Ajaja!... figura que la puerta queda cerrada pero órdenes reservadas...

Si Sor Martina, la Superiora, supiera...

¡Pobres madres como van á ponerse cuando salgan del coro y atraviesen la galería de los cipreses!

Pero meditemos: ¿A qué me obligaría la novicia Maria de los Angeles á que dejara sin cerrar la puerta y solamente corrido el cerrojo de la cancela? Venida si es joven, bellísima, inocente y hermosa... ¡Ay! si tuviera yo veinte y cin-

co años ó treinta, menos de los setenta y tres que tengo disfrutando de la vida, á buen seguro que no profesaria un pínzollo semejante... porque profesaria conmigo. Uso de entonar el *Kénicle*, rezar tres veces diarias el rosario, asistir á máitines, á temporas y entonar responsos, vivir en una celda húmeda, estrecha, y dar de comer á las gallinas, hacer flores, vestir imágenes, bordar escapularios, sabanillas, abraacuellos y amitos, no es propio de la hija única de una Señora Marquesa y viuda del Virrey de Nápoles.

Pero ya se vé como la muchacha es joven y se dijo si estaba ó no prendada de cierto bidalquillo, catátela presa para *seculo - seculorum*.

¡ Ave Maria Purísima! (Volviendo á santiguarse lleno de terror, despues de un relámpago.)  
Por las tuaras la noche se prepara so-

4  
lamente propicia para los espadachi-  
nes y los rufianes.

¡Hraese Hignel! (Llamando en la puerta  
de la izquierda) (Pausa) ¡Hraese Hignel!  
No contesta, y el agua y los truenos se  
acentúan de un modo que aterra.

Daré la vuelta á la casa: veré si  
está en la puerta del corral; porque  
la madre Abadesa tiene un cuidado  
en reservar las sobras del refectorio para  
que se las coma Hraese Hignel, que  
yá, yá, (Zascandil llama de nuevo en la  
puerta de la izquierda. Los truenos se perci-  
ben con mayor frecuencia)

## — Escena II. —

Dicho Cesar de Urutia y Espinosa. Ambos  
por el ángulo de la derecha y en actitud violenta  
y embueltos en largos tabardos de distintos colores.

Cesar. Aquí mismo, al pie de la cancela.

Espinosa. Como gustéis; sin más testigos que  
esa imagen, y como se baten los caba-  
lleros, disponéos á desundar el acero...



Cesar. ¡Caiga el que caiga.

Zascandil. (Esp. muy tímido y temblando.) ¡Zaypateta!  
 Dos almas del otro mundo que han  
 venido aquí a darse de cintarazos....

¡Fugiter! (Zascandil se dispone a correr.)

Cesar. ¡Oh! Deteneos.

Espinosa. ¿Un hombre aquí?

Cesar. ¿Quien sois? ¿Que buscáis? ¿De don-  
 de venís? ¿A donde vais?

Espinosa. Hablad, ó con el filo de esta daga...

Zascandil queda como petrificado y temblando en  
 medio de Cesar y Espinosa. Este le obliga á que  
 baje al proscenio.

Cesar. Hablad: ¿sois quizá un espía del San-  
 to oficio?

Espinosa. ¿El defraudador de nuestras ansias?

Zascandil. (Medio temblando.) Suelte su merced;  
 suelte, porque parecen tenaras vues-  
 tras manos.

Cesar. Concluyamos.

Espinosa. Si, terminemos de una vez.

Cesar. ¿Quien sois?

Fasecandil. El demandado de las monjas.

Cesar. ... ¿i Como?

Espinosa

Fasecandil. Ellas me recogieron en esos humbrales: ellas me arrullaron cuando apenas se iban enajando mis colmillos. En cambio yo y durante mi niñez las regalaba á las madres el jardin y si vieran sus mercedes que matas de perijil tan hermosas las sembré en mis mocedades.... Después ya tocaba la campana, fui un verdadero maestro.... Queraba en el breviario y sin duda me hubiera ordenado á no haberse atravesado en mi camino una moza... una moza, vaya, mas blanca que un manojo de arucenas, y mas coloradota que un prado lleno de amapolas. —

Cesar. ¡Basta! (con impaciencia.)

Fasecandil ¡Chiton! (con humildad.)

Espinosa. ¿Conocis entonces á Maria?

Fasecandil. ¿A quien á la novicia? Pobre ga -

7  
cela ¡pobre angel mio! ¡Si vieran sus mer-  
cedes que ojos se le han puesto desde que  
se halla encerrada? de tanto llorar y  
de pasar las noches en vela, aquellas  
lunbreras, aquellos dos soles, se enenen-  
tran mas irritadas y encendidas, que  
las fraguas de Maese Encufate, el  
único calderero que tenemos en Alcalá  
de Henares.

Cesar. (ap.) ¡Desventurado amor!

Espinosa. (ap.) ¡Ilusión perdida!

Farsandil. ¿Ordenan sus mercedes otros informes?  
¿Vúscan en el monasterio á alguna  
madre... (con intención.) ó novicia?

Espinosa. Vúscamos la muerte.

Farsandil. ¡Ola! ¡ola! ¡ola! ¡ola!

Espinosa. La muerte, si, porque no es de dos  
hidalgos, pretender favores de una sola  
dama.

Cesar. Apartaos pues de estos lugares...

Espinosa. Tened en cuenta que si por nuestro  
aviso, somos sorprendidos de correchetes

ó familiares, seréis asesinado.

Zascandil. Deseniden sus mercedes, yó nada he visto ni oído... por mí pueden desde luego despanzurarse como se despanzura un cochino. (ap.) ¡Dios mío, como me tiemblan las canillas! (al.) Caballeros, mucho gusto, buena vista y volaverum. El que quiera que dé al Demonio, miles de expresiones mías.

Zascandil desaparece corriendo por el foro izquierda. llevando la cesta.

— Escena III. —

Cesar de Vrautia y Espinosa.

Cesar. Llegó la hora. Pretendiais asaltar ese convento, profanar el sagrado recinto de una virgen y al haber descubierto vuestros planes, se hace preciso que volvais por la honra ofendida publicamente, al calificaros de rufian y de bellaco, como por mí fuisteis hace poco motijados.

Espinosa. En guardia pues.

(Ambos sacan los aceros.)

Cesar. Al despuntar la nueva aurora y cuando vulva á la vida el mundo de las tinieblas, se bañará con las rosadas tintas de la mañana y la humedad de la brisa, el rígido cadáver que encerrara el alma enamorada, enloquecida.

Espinosa. Tirais á fondo.

Cesar. Ansio hacer saltar en mil añicos ese corazón, que cual el mio palpita á impulsos de la candidez de un querube [predestinado por la abasalladora voluntad de Satanas, á jearir entre espesos hierros, cuando por derecho divino está predestinado á enriquecer la majestad sublime de paraísos para Maria de los Angeles, desconocidos.]

Espinosa. Voco estais.

Cesar. Cual vos enamorado y perdido.

Cesar y Espinosa se batían con coraje. El trueno se percibe mas lejano y los relámpagos mas frecuentes. De pronto Cesar cae herido á consecuencia de una estocada producida por su rival. Procurando que la caída se efectue cerca de la puerta de la casa de la izquierda y bajo el árbol que existe al pie de la ventana.

Cesar. Me habeis muerto. (cae)

Espinosa. Queda satisfecha la ofensa inferida. Ahora que la ronda venga en vuestro auxilio. Pero no es de caballeros nobles y honrados dejar sin auxilios á un moribundo. Yo mismo reclamaré en favor de vuestra alma los auxilios espirituales, fiando en la palabra de honor de no ser descubierto en caso de sobrevivir á vuestro delicado estado.

Cesar. Si... si... os la doy cumplida. No os detengais porque van faltándome los balitos de mi vida.

Espinosa: ¡Urrutia que ahora Dios y los hombres se apiaden de nuestro espíritu y de un cuerpo inanimado!

¡Maria de los Angeles, al fin, serás mía!

(Desaparece corriendo por el foro izquierdo.)

— Escena IV. —

Cesar. Apuro Maria de los Angeles y etqueda.

Cesar. ¡Oh! ¡Maria tuya!...; tuya aquella paloma encarcelada á quien pretendes desgarrar entre tus aceriadas uñas... ¡Oh! nunca, nunca... Mientras Cesar de Urrutia tenga un solo soplo de vital existencia, no lograrás jamás hacer de Maria una nueva víctima. ¡Oh! no puedo....

Cesar procura incorporarse durante su breve monologo y cae desplomado. En este momento irradia en el espacio la luna en medio de negruzcos nubarrones. Por el pórtico del convento aparecen Maria de los Angeles y etqueda: aquella delante y con gran cautela y misterio. Maria descomría el cerrojo de la cancela de hierro, y

baja seguida de Agueda los escalones de piedra.

Maria. (A media voz y aparte a Agueda.) Estamos en salvo: nadie nos ha visto: cierra. La tempestad ha cesado... (Agueda por fuera hecha el cerrojo.)

Agueda. Sois el mismo Lucifer. Un diablillo con falda. Vámos, ya estais complacida. Zascandil obedeció vuestras órdenes; no heebó la llave á la cancela. ¡Y ahora á donde vuestra merced desea encaminaros con estos lodos?

Maria. Ya sabes que estoy resuelta á todo.

Agueda. Si, pero tambien sabéis que el rebuma.... Una novicia metida en aventuras. Si cuando digo que sois capaz de arriesgar al mismísimo Barbaroja.

Maria. En Agueda, que conoces mi carácter intrépido, mis resoluciones heroicas y expansivas, has de convenir que no debia saltar á la cita. ¡Oh! Si vieras, se trata de un apuesto y galante caballero, que pretende, nada menos, que hacerte

á tí, mas poderosa y rica que lo es nuestro  
muy amado monarca y señor D. Felipe,  
y á mí la mujer mas dichosa y feliz  
de la tierra. ¿Quien pues con semejantes  
promesas de ventura desdena y des-  
precia, tú riqueras, hacienda, fausto, y  
yo amor puro, y cariño de esposo ines-  
tinguible?

Agneda. Pues atendiendo tan solo á la pose-  
sion de miles de ducados y á millones  
de mabedises, y procurando por nues-  
tra eterna dicha y felicidad, he con-  
sentido esta noche en seguirlos.

Maria. ¡Que buena eres!

Agneda. ¿Buena? Con su cuenta y razón ....  
pero buyamos cuanto antes de estos ri-  
tios señora, porque segun convenimos, y  
hasta tanto que se formalice el plan  
de vuestro casamiento y á mí se me  
entreguen, los esendos, se hace preciso  
volver al convento al despuntar el  
dia, es decir mucho antes del alba

para acudir al coro á la hora de matines.

Maria. Si volveremos... Toda sospecha podría perdernos. ¡Ay Agueda mía, al verme de nuevo en la calle, al respirar estas puras emanaciones soy capar... voto va' al demonio!

Agueda. ¿También jurais? ¡Temeristo!

Maria. Nada temas: verás que pronto he de abandonar estos hábitos, esta toca, manto y sandalias. Amar y ser amada por un hombre de carne y hueso, organte, apuesto, valiente y rico, es el fin á que vengo predestinada. ¡Voto va' á mil saracenos fementidos! Quien podría ceñir una espada.

Cesar. ¡Favor! Socorro!... (con debilidad.)

Maria. ¡Bras voces!...

Cesar. ¡Piedad!

Maria. ¡Ah! un herido.

Cesar. ¡Favor!...

Agueda. (ap.) Principia el demonio á ejercitar

su oficio.

Cesar. ¡Ah!... Maria, vos aquí!

Maria. ¡Gran Dios que es lo que veo! ¡bl! ¡ll!  
herido! (Atendiendo en auxilio de Cesar y arrodillándose á su lado.)

Agneda. (ap. y rerando) ¡Virgen Santísima!

Cesar. Si, vuestro ensueño, vuestra alma como un día, allá en Madrid, jurasteis que lo seriais mia.

Maria. ¡Agneda! Salvemos á este caballero

Cesar. Acabo de producirme una herida mortal.....

Maria. ¡Acaso al venir á estos sitios solitarios en mi busca desconfiando que no acudiria á vuestra cita?

Agneda. (ap.) Ven en nuestra ayuda milagrosa Santa Ursula.

Maria. Agneda, Agneda, pide auxilio.

Agneda se dispone á encaminarse á la puerta del convento. Maria se los etrugeles de rodillas y cubriendo con su manto á Cesar que se encuentra bajo el árbol.

¡Oh! pero no, no, la comunidad se alar-  
maria. Que ansiedad. No hay mo-  
mento que perder.

¿Quien podrá salvarnos, Virgen Ma-  
ria?

—Escena V.—

Maria, Agueda, Cesar y Mateo Miguel. Es-  
te momentos antes, habrá aparecido por el án-  
gulo del foro izquierda, y abanza al grupo que  
formarán los interloqu岸tes que se hallan al  
pie del árbol.

Miguel. Yo, que protejo á la inocencia y  
amparo siempre á la desgracia.

Todos. ¿Vos?

Miguel. Yo, el manco de Lepanto que se  
ha constituido en honra y gloria  
de las víctimas de Alcalá-de Henar-  
res, mi cuna, mi cielo, mi alegría; y  
á cuya invicta Ciudad he de legar  
por los siglos de los siglos, un nombre  
inmortal enchido de luz, radiante  
y esclarecido.



Maria. ¡Maeae Miguel!

Agueda. ¡Cervantes Saavedra!

Miguel. El mismo. (Pausa.)

¿Pero que ocurre ante el dintel de mi casa?

Agueda. Un hombre herido.

Maria. Un hidalgo desventurado...

Miguel. Y aquí una dueña, y sosteniendo la cabeza del herido una preciosa niña, un angel estendiendo sus alas purpúreas sobre el cuerpo agonizante de una víctima. ¡He aquí el funebre cuadro en pleno rigorismo de la vida!

(Pausa.) No pretendo saber detalles, no pido explicaciones. Esta es mi casa, pues aquí debemos todos ampararnos de la justicia. Cuando un hombre sufre, cuando la adversidad del infortunio acarrea lágrimas y dolor a una imagen de Cristo, el hombre por el hombre, há de constituirse en su redentor, en un

hermano, en padre, no en su mayor verdugo ni asesino. (Pausa.) Pobre soy, pero aquí, dentro de este cráneo que principian á coronar mechones encanecidos, se ajita y bulle un mundo de ideas, todas nobles, todas generosas; y como no? Si mi cuerpo mutilado por la guerra se halla exento de larva asquerosa y de falsa manecilla.

(Pausa.)

Entramos todos. Abra nuestra mercé esa puerta. Candida niña, ese bidalgo, ó rufian, reclama piedad, obliquénosle á que entre ambos pueda ocupar el duro y pobre lecho de este mendigo.

Maise Miguel habrá dado una llave á etgnida, la que abre la puerta de la casa de la izquierda. Maria y Maise Miguel incorporan al herido lesar, y entre ambos lo conducirán á la casa indicada.

Cesar. Gracias, mis buenos amigos.

Maria. Animo. Dios nos salvó. Bendigamos sus designios: no he de separarme de vos hasta que amanezca el día.

Miguel. Protejiendo y amparando á la desgracia, teniendo siempre una mano caritativa al doliente y perdonando las ofensas, es como todos los pueblos, pueden hacerse poderosos, grandes, honrados y dignos.

Desaparecen todos por la puerta de la casa.

Agueda. (ap.) Esta noche, anda suelta por Alcalá, un diablejo en forma de mujer. ¡Ay! quiera Dios que el tal diablejo, pueda sacarme de dueña, para hacerme casaderita.

— Escena VI. —

Espinosa, Paje, emborados y rufianes.

La escena queda por breves momentos solitaria. Espinosa y demas que le acompañan, entran por el foro izquierda con

muchas precauciones. Algunos de los embor-  
zados con linternas.

Espinosa. El cadaver de Vrutia desapare-  
ció: los familiares del Santo Tribu-  
nal, habrán dado cuenta de él arro-  
jándole á las profundidades del rio.  
Compañeros, el asalto se hace ine-  
vitable. Estoy loco porque creo fa-  
cil llegar hasta la celda en donde  
en amoroso rido, me aguardan las  
dulzuras de un angel que debe ser á  
toda costa mio. Abí teneis el impor-  
te ofrecido: Luchar por una novi-  
cia dentro de ese monasterio ocupa-  
do por media docena de monjas, es  
contar desde luego con la victoria.

Paje. Es cierto.

Espinosa. A ver tú, Testaferro, rodea las  
tapias de la huerta y al oir el  
disparo del arcabuz, saltalas y atra-  
viesa el jardín que sirve de campo-  
santo al convento.

Paje. Obedece. (El que Espinosa designa: desaparece por el foro derecha.)

Espinosa. ¿Ú Mrase Judas, que tienes brazos hercúleos y un corazón de buena, te apoderas de la superiora y si se resiste, húndela una daga en el pecho.

Paje. ¿Entiendes?

Espinosa. Y vosotros siempre astutos y leales á mis órdenes, con el mayor sigilo con los puñales, á procurar que cedan esa reja y esa puerta: la labor es ruda, pero tenemos la noche entera para emplear las limas y abrirnos paso rápidamente.

Paje. Y dueño vuestra eminencia de esa candida tortola....

Espinosa. ¿Quien mas feliz. ¿La litera?

Paje. Prevenida: al primer aviso, con ella están aquí los cuatro camilleros.

Espinosa. ¡Maria! ¡Maria! Cuán ajena estás de que al fin, tus sufrimientos y martirios verás compensados al

verte en los brazos del hombre que tanto  
y tanto te adora.

Camaradas, ¡abajo esa reja! Penetremos á través de ese oscuro postigo.  
¡A las celdas!

Todos. ¡A las celdas!

— Escena VII. —

Dichos y Zascandil.

Espinosa y los emborados, con las puntas de las dagas, procuran romper la cerradura de la cancela. Espinosa logra descomer el cerrojo, y penetran hasta la puerta los emborados.

Espinosa. La fortuna principia á favorecernos.

Zascandil. (Entrando con mucha timidez por el foro derecha, y con una cesta en el brazo, la misma que sacó en la primera escena)  
(ap.) Tampoco en el corral. ¿Qué es lo que observo. Si, un grupo de bandidos acaso pretenden echar abajo la puerta del monasterio. (rezando y temblando)

Kirieleison... Pater noster....

Espinosa. ¡Ah! valientes. (A los emborados.)

Zascandil. (ap.) Tengo un miedo en la garganta. Santificetur, nomen tuum....

Zascandil muy ajitado y temblando, deja caer la cesta, produciéndose un ruido que alarma á Espinosa y los emborados.

Espinosa. ¡Estamos perdidos!

Uno. ¡Los familiares!

Otro. ¡El Alcalde de Casa y Corte!

Zascandil. (Cayendo de rodillas en medio del escenario.) Credo in unum deum....

Espinosa. (Blasfemiando un puñal sobre Zascandil.)  
Si te mueves, conceptuete cabarer.  
Pronto, una linterna.

(El paje presenta ante Zascandil una linterna.)

Todos. ¡El demandadero!

Zascandil. Salve regina mater....

¡Ah! por favor, no me seguellen sus mercedes, soy inocente....

Espinosa. ¡Arríbra! (Cojiendo á Zascandil de un

braro y levantándole del suelo.)

¿Regresabas al convento?

Zascandil. Regresaba.

Uspinosa. ¿Duermes en el monasterio?

Zascandil. Duermo.

Uspinosa. ¿Entonces, tienes la llave que abre  
ese portigo?

Zascandil. La tengo.

Uspinosa. Abre pues.

Zascandil. Abro, pero por San Miguel Ar-  
cangel no ....

Uspinosa. Nada temas: calla y obedece.

Zascandil. ¿Que pretenden sus mercedes?

Paje. Otra cosa.

Uspinosa. Hacer nio un emporio de hermosura.

Zascandil. ¿Como?

Uspinosa. Y acribillar tu cuerpo á enchi-  
lladas, si algun día me delatas.

Zascandil. Soy una momia, un par de mo-  
nias, hidalgo.

Uspinosa. ¿Las madres se hallarán descansando?

Zascandil. Todas. (ap.) Como me tiemblan las  
pantorrillas.

Ursinosa. ¿Y la novicia Maria?

Zascandil. ¡Ab! ¿Vácan sus mercedes á la  
hija de la Sr<sup>a</sup>. Marquesa?

Paje. Silencio desventurado.

— Escena VIII. —

Dichos y Maria.

(Esta aparece en la ventana de la casa  
de la inquieta y observa cuanto sucede  
en escena y al marcarlo el diálogo.)

Maria. El aire húmedo y fresco de la no-  
che, calmará acaso la intensidad de  
su fiebre.

Ursinosa. Pues bien si, á Maria de los  
Ángeles vácamos.

Zascandil. ¡A la novicia!

Maria. ¿Que escucho? (ap.)

Ursinosa. Y una vez en poder mío, pren-  
da tan inapreciable, quedas tui  
con pellejo.

Paje. De lo contrario....

Ursinosa. Seras devorado por millones de  
gusanos.



Maria. (ap.) ¡El Luterano!

Espinosa. Abre pues.

Zascandil. (ap.) Dios mío, el corazón me da tantos latidos....

Espinosa. ¿Que murmuras?

Paje. ¿Que dices?

Zascandil. Que son sus mercedes unos hidalgos muy atentos y por de mas enmuglidos.

Espinosa. Adelante.

Zascandil. (ap.) ¡Virgen Maria!

Paje. Andando.

Maria. (ap.) ¡Ah! Vuelo á castigar tantas osadías. (Maria desaparece rápidamente de la ventana.)

— Escena VIV. —

Espinosa, Paje, Zascandil y emborados.

Zascandil. (ap.) ¿Que noche! ¡Ah! en el Infierno tales aventuras acontecen.

Espinosa. (Dando un empujón á Zascandil en direccion á la puerta derecha.)

El Demonio te confunda. ¡Abre!

Zascandil. Pero su merced ha de permitirme...

Espinosa. Nada, hasta que no sea poseedor de ese angel que llora y suplica.

Zascandil. (ap.) Si escapo con bien de esta, prometo nada menos que media onza de aceite al Santísimo Cristo de la Agonia, y otra media de cera, á la seráfica Sta. Rita.

Zascandil poseído de un miedo aterrador, abre la puerta del convento, seguido de Espinosa, Paje y de los emborados que penetran en el postigo.

Espinosa. Camaradas, nuestra es la preda: pero si ese viejo marrullero y rufián pretendiera vendernos, tú, (á uno de los emborados.) encargate de que para siempre, quede convertido en cenizas.

Zascandil. (Ap.) (y llorando ridículamente.) ¡Pobrecitas madres! ¡Pobrecitas palomas mías!

Desaparecen todos por la puerta Serecha.

— Escena X. —

Maese Miguel, después Maria.

La escena queda por breves momentos sola.

Miguel. Duorme, duorme, mientras aquella niña vela tu reposo y están pendientes sus rosados labios y el alma toda de tus suspiros! Cual otra flor marchita, vagas incierta y tímida virgen, esparciendo por el mundo, embriagadoras ambrosias, y atenta á tu delicado borganismo, ignoras que en el caliz donde Dios á creado el perfume de la vida, libará el insecto artero para que pierdas para siempre la esbeltez, los matices y toda tu lozanía.

¡Amor! Encarnación purísima: manantial inagotable; cielo brillantísimo, que predispone al alma para alcanzar paraísos in-

mortales y Divinos. ¡Amor! En tu fuego eterno, el universo entero se procrea, se confunde y se pulveriza. (Pausa.)

Maria aparece en traje de hombre muy elegante: sombrero color violeta con plumas rojas, botas, espada, etc. etc.

Maria. Perdonadme Maese Miguel...

Miguel. ¡Señora!...

Maria. La providencia hizo, díese con esta ropa en una de las arcaas de nuestro domicilio.

Miguel. Recuerdos son de familia; pero...

Maria. Quiso castigar por mi mano un sacrilegio, una iniquidad, una felonía...

Miguel. Debo entonces auxiliáros, Señora

Maria. Rabio de desesperación, de coraje y de ira. ¡Botó á Soliman! Cuando soy una niña, tengo el corazón de gigante, lleno de energía; mi alma varonil...

Aliguel. Explicaos, señora, porque no  
atino....

Maria. ¿Como no seros franca cuando toda  
mi alma os debe la vida?

Aliguel. Decid pues.

Maria. Ese hombre herido, Cesar de Urn-  
tia me ama, pero su amor, no  
es solo una ilusión de esas fugaces,  
que apenas nacen, cuando se olvidan,  
no; su amor y mi cariño, serán tan  
eternos, como eterno es, ese espacio  
señalado de astros é infinito.

Aliguel. ¿Entonces?

Maria. Por Cesar estoy sometida al  
rigor del claustro, donde la paz,  
el sosiego y el mixticismo, aca-  
rean todo el mayor cúmulo de  
mis martirios.

Aliguel. Continúa.

Maria. Mi opulenta madre la egre-  
gia marquesa de Blancaflor pre-  
tende sin duda que secretado el

encierno, con la ausencia, la oración y silencio, queden extinguidas la esperanza y mi pasión, seca el alma y el corazón partido.

Miguel. Desencanto cruel cuando no ignore lo ineficaz de las trabas, ante la impetuosa atracción del amor que purifica nuestros espíritus.

Maria. Así es que no habiendo para vos Maese Miguel, secreto alguno, mi voluntad, está resuelta, decidida: Cesar de Uruntia, será mi esposo.

Miguel. Y para ello desde este momento, puede su merced contar conmigo.

Maria. ¡Oh!... Pero otro hombre, un luterano envenenado, un apóstata, un impio y un noble andar y cruel, incesantemente me persigue.

Miguel. ¿Como?



Cardenal Cisneros

Maria. Le conocí desde muy niña, juró vengarse de mis desdenes y acaba de penetrar en ese sagrado recinto con el ánimo resuelto y con la daga desnuda, para atemorizar y esparcir el espanto, ó acaso la muerte en la mansión donde mora la excel-situd de la pureza y donde tienen su glorificado trono las esposas de Jesucristo.

Riguel. ¿Que decís? señora.

Maria. Yo para no ser reconocida, y castigar al fementido, con este traje en vuestra casa, acabo de bestirme.

Riguel. Esperad, que aunque manco, viejo y de cuerpo ruin, puedo aun manejar una espada valerosamente. ¿Cuando un hijo de Alcalá, deja sin vengar la honra vilipendiada y ofendida?

(Pausa.) Vosos seres falaces, Caballe-

ros andantes, que fiados en su lanza y esendero pasan por nobles para desfacer entuertos, dedicandose á enamorar Duleineas, son á quienes yo, el mas humilde de los antiguos pecheros, aplastaré con mi puño para burla y desprecio de generaciones venideras. Lucharemos juntos; porque allí donde esté el verdadero inocente, el amor cristiano, la virgen desamparada, la esposa martir ó el hombre lloroso y desatendido, allí estará siempre, Miguel de Cervantes Saavedra.

Maria. ¡Ah!

Miguel. Quien os dió el ser, también yo, señora la soy dendor de la vida. Pero no hay momento de sosiego....

— Escena XI. —

Dichos, Cesar de Vintia y Agueda. Por

la puerta irquiada. Cesar apoyado en Agueda.

Agueda. Aquí tenéis al herido.

Maria. ¡Cesar!

Agueda. En vano pretendí contenerle.

Cesar. Después de la bebida, sujeto el vendaje y el sueño reparador que me sobrevino, me encuentro mas aliviado.

Agueda. Hablando al objeto amado, es la mejor medicina...

Riquel. Mientras vos señora y dueña, tranquilizais á vuestro galán, expresándole las ansias de vuestro pecho, permitidme que arme mi brazo con la espada y haga que contra el infiel luterano han de blandirse.

Maria. Si y caiga el homicida espinosa, hermano bastardo de D. Manuel Filiberto!

Riquel. Que acabo de oír, el pretendiente al Ducado de Saboya, el que

atepuso su influencia para que España demorase abatir el orgullo francés ante las murallas de San Quintín; él también ladrón miserable de esas vírgenes!

Cesar. ¿Que decís, buen hombre?

Aliguel. Conque es el mismo, que compró asesinos para exterminar á los jefes míos, Luis de Requesens, Andres Doria, Gil de Andrade, Alvaro de Barán y á D. Alonso de Breilla, florón glorioso del golfo de Lepanto, de las patrias letras y de la chusma morisca? ¡Oh! deseaba por momentos tenerle ante mi vista.

Cesar. ¿Le conocéis quizá?

Aliguel. ¡Oh! perdonadme, perdonadme; á la sola idea de acabar con la vida de Espinosa, perdonadme, si convulso y de satisfacción me río.... (riendo) já, já, já,

Está en Alcalá el que en Argel,  
por su culpa, tantos años estu-  
viera yo, cautivo, ¡ah! verás si  
en la España honrada supera  
el valor á tu alma pestilencial  
y podrida.

(Vase corriendo y riendo convulsivamente.)

— Escena XII. —

Maria de los Angeles, Agueda y Cesar de Uruthia

Cesar. Ese hombre desvaria. ¡Ah! pero  
Maria, alma del alma, que es  
lo que miro?

Maria. He logrado de mancero ves-  
tirme, para alejar sospechas, pa-  
ra que con mayor holgura estar  
á vuestro lado, cuidaros y hablar  
estensamente en estos sitios.

Cesar. Esa dueña, queda compensada,  
con dos mil ducados, si vijila. (¡poretgueta!)

Agueda. (ap.) ¡Dos mil ducados! soy mas  
rica que Isabel de Valois la pre-  
tendida.

(Aguada se retira al foro. Cesar y Maria, en el proscenio.)

Cesar. Alma mia; si, por vos señora diera la vida. Mañana al despuntar el dia, en cómoda litera á la corte; preparado está el ministro de Dios para mirar nuestras almas, en una sola enamorada; Partiremos á Flandes y á esas islas ultimamente descubiertas por el general Miguel Lopez de Legaspi, el archiepiscopado Filipino; el Rey acaba de nombrarme su Virrey y aceptar tal honra y merced se hace preciso.

Maria. Al fin del mundo he de seguir... pero mi madre....

Cesar. Vuestra madre señora, al hablarla el Rey, se mostrará propicia; el joven Alejandro Farnesio, es mi sordo y después de la derrota de los rebeldes de España



en Brujas. ¿Que había de negar á Tarnesio, el hijo del Emperador, al monarca D. Felipe?

Maria. Sois mi pensamiento, mi esperanza y mi única alegría. Si, si, partiremos á la corte pero antes un deber inevitable me obliga á permanecer aquí y ponerme al lado de Maese Riquel.

Cesar. De ese ilustre caballero, á quien no conozco pero que en su casa nos ha recogido? ¿Que deseais? ¿Que título ó favor pudiese vuestra merecía satisfacerle? Por su aspecto parece un mendigo.

Maria. Dicen que fué soldado y que en Argel estuvo cautivo. Que compone coplas y que hace años se dedica á confeccionar un libro.

Cesar. ¡Un libro!

Maria. Una obra inmortal.

Cesar. La gloria que vive á través

de los siglos, es solamente, señora,  
gloria celestial, divina.

Maria. ¡Oh! Cesar: fuera es ya que todo  
lo sepais. ¿A qué mentiros?

Cesar. ¿Como?

Maria. Tanto Maese Mignel, como  
yo ambicionamos vengaura, pe-  
ro vengaura cumplida.

Cesar. ¡Vengaura! ¿De quien Maria?

Maria. De Espinosa; del bastardo im-  
pio.

Cesar. ¡Dios de los cielos! ¿Llegaron acaso  
hasta vos, señora, las lisonjas de  
ese hombre? ¡Oh! Maria, Maria  
¡es quirá por esto el que Maese  
Mignel al saber que fui por Es-  
pinosa herido, pretenda en unión  
de vos, angel mio, tomar ven-  
gaura y acuchillar entre ambos  
el corazón del bastardo?

Maria. ¿Que decís? ¿Herido vos, Cesar,  
por su mano alere!

Agueda. (ap.) Dentro del convento, se percibe mucho ruido.

Cesar. Palabra de honor me obliga...

Maria. ¡Oh! Al encontraros al pie de ese árbol herido, al ver que Espinosa atravesó el umbral de esa puerta, que separa al mundo de la tranquila mansión de las vírgenes, el honor impone deberes....

Cesar. ¡Entonces Espinosa al asaltar ese convento, al mancillar con su planta, esos claustros tratando criminalmente de hacer mía á mi Maria, esta pretende?...

Maria. Pretendo, ya que vos estais herido, ponerme frente á frente de ese malvado, para escarnecerle y matarle. ¿Que otra cosa puede hacer con un villano, una mujer ofendida? (Pausa.) ¡Oh! no trateis de disuadirme, porque es-

toy resuelta á hacer pedazos, hasta el alma del que mil veces al hablar me de su amor otras tantas le despreciaria. ¡Oh! nada temais Cesar, sé blandir una hoja, como el maestro mas práctico, mas certero y mas activo.

Agneda. En las galerias, señora, se perciben voces doloridas. La madre Reververación, está pidiendo socorro á gritos....

Maria. Es que Satanás, Agneda, ha logrado penetrar en ese sagrado recinto....

Agneda. ¡Satanás! Santa Simforiana bendita!

— Escena XIII. —

Maria, Agneda, Cesar y Zascandil.

(Este se presenta por la puerta de la derecha demudado, temblarido, sin sombrero y con la espada desnuda.)

Zascandil. Son nada menos que veinte y

dos mil los forajidos. Apenas respiro: tengo en el corazón el badojo de una esquila....

Maria. ¡Zascandil!

Zascandil. (Que no se había percibido de la presencia de Maria, et queda, ni cesar.)  
¿Tambien aquí existen bandidos?  
Perdon, perdon esta espada, no es espada, es la de Bernardo, amigos míos. ¡Calle, señora!... La novicia!

Cesar. Silencio: aquí firmes. (Procurando detener á Zascandil, que inquieto y desasossegado, anda temblando por la escena.)  
Preciso es que nos ayudes.

Zascandil. A bien morir si que me ayudaria

Maria. ¿Penetraron en el claustro?  
(Desnudando el acero.)

Zascandil. Todos; ¿y que modo al verlos las monjas, de encerrarse en las celdas escondidas! A la madre sera-

fina á poco la saltan un ojo. Y Serapia con la dueña Reverencia, han estado expuestas á ser empaladas vivas. A mí me tenían sujeto por el garnate, que si no.... vaya allí mismo á todos ellos los convierto en una tortilla.

Maria. Continua.

Agneda. Habla.

Cesar. Explicate.

Escandil. Es que van á salir ahora mismo....

Cesar. Nada te arredre.

Escandil. Si, pero si me desentartizan, vuestra mercé, se quedará tan tranquilo. Pues bien, uno, el jefe de aquellos vampiros, penetró en la celda de vos, señora, ¿bu donde está la novicia? Preguntaba aquella fiera, con los ojos encendidos. Derribó la puerta, hizo polvo el reclinatorio, y ti-



ró el malvado, la efígie del Santo Cristo: luego llegó hasta nuestra cama y creyendolos dormida, arrolló entre sus brazos los colechones, y salió con ellos hasta la galeria.

Maria. ¿Despues?

Zascandil. Despues á mí se me nubló la vista, caí desplomado al suelo.... Al volver del desmayo y al oir que continuaban los gritos... desnué el acero dispuesto á dar buena cuenta de aquella cuadrilla de bandidos... pero hechi á correr, y tanto y tanto he corrido, que apoco contra una columna de la cocina me rompo el alma, y hasta creo que el bautismo.

Cesar. Es preciso prestar auxilio á esas religiosas....

Agueda. ¡Oh! si, si, hora es ya de acudir en su favor....

Zascandil. No lo necesitan.

Maria y Cesar. — ¿Como?

Zascandil. Quien sabe si á estas horas .... ¡Pobrecitas! ¡pobrecitas!

— Escena XIV. —

Maria, Agneda, Espinosa, Cesar, paje  
y emborados.

Agneda. ¿Que habrán hecho con Sor  
Francisca?

Zascandil. Que se yó, nada, que como  
es joven y preciosísima, acaso  
la hayan dejado hecha una cri-  
ba.

Espinosa. Huyamos de la justicia.

(Espinosa el paje y los emborados, salen  
precipitadamente por la puerta derecha  
con las espadas desnudas. Cesar, desembri-  
na el acero.)

Cesar. Deteneos inípios.

Maria. Atrás malvados: temed á la  
justicia divina.

Espinosa. ¡Maria!

María. Disponeros á morir, si es que  
hay alma para defenderos; contra  
todos juntos tenemos bríos.

Agueda. (ap.) ¿Esto se llama valentía.

Zascandil. (ap.) ¡Dios mío!

Cesar.

Ursinosa. ¿Vos también con ella? Vos, Ce-  
sar, aun alentáis entre los vivos?

María. Para mataros.

Cesar. Para esquivaros.

Zascandil. Así, así, ... voto va á San  
Crispulo....

Paje. ¿A que quedáis exánime y con-  
fundido? (A Zascandil y con voz ame-  
naradora.)

Ursinosa. Imagino que deliráis, ¿como  
batimos contra una jovenzuela  
enamorada, y un mancebo mor-  
talmente herido?

María. ¿Dudáis de nuestra energía?  
Pues morireis asesinado. Os fal-  
ta el valor para exponer vuestro

pecho á los aceros enemigos. ¡Cesar!  
¡á ellos! desaparezca esta rara  
lúterana, que mancha el res-  
plandor abillantado de la cruz,  
donde murió Jesucristo.

(Maria se lanza en dirección de Espino-  
sa, al mismo tiempo que aparece por  
la puerta izquierda, Maese Miguel con  
una espada.)

— Escena XV. —

Maria, Agueda, Maese Miguel, Cesar,  
Espinosa

Miguel. Primero que á nadie me aden-  
da á mi ese rufián, toda mi mi-  
serable vida.

Espinosa. ¡Maese Miguel!

Miguel. Al cabo de un año que pa-  
ra mí ha sido todo un siglo, te  
atraviesas en mi camino.

Fascandil. (ap.) Voste.... zás.... este es  
el que le pinchaba

Espinosa. Altanero os mostráis, cuan-

do vuestros años y vuestras condiciones humilde, no os dan derecho, á tal mengua fementida.

Hriguel. Cese vuestra lengua impia. Callad y disponed á no interrumpirme.

Espinosa. Hablad.

Hriguel. Erais noble: yo un soldado, un soldado os encarecido pobre, ansioso de glorificar á mi patria, arrancando las naves que Soliman mandó á Lepanto, con todo su poderio. Vos fingiendos cristiano, tambien á la batalla acudisteis, y el almirante, D. Juan el de Austria, un puesto os señaló, barto para vos distinguido.

Espinosa. Luché á vuestro lado.

Hriguel. Luchasteis, sí, pero en favor del Turco: emperada la lucha bien pronto el abordaje sobrevino, y al certero golpe de los machetes

de nuestros asesinos, la cubierta del buque quedó sembrada de cadáveres, y muchas madres se quedaron sin sus hijos. El turco, cual el bacal maldito todo lo dominaba, cañones y escotillas: rotos los palos, desecho el timón y rodeado por cientos de víctimas; siento que un hombre, vos, vos mismo, auxiliado por un enemigo, al verme herido y falto de esta mano, me aprisionasteis declarandome del infiel cautivo.

Maria. ¿Que dice?

Cesar. ¿Esto más?

Rascandil. (ap.) Este noble, debe ir á la hoguera para que muera asado ó frito.

Rignel. A la Argelia fui conducido: serví de sierva con trabajos inauditos, pero por la gloria de España, el hijo de Alcalá, toda su

sangre daria.

Espinosa. Ahora....

Miguel. Ahora á la Corte volveis, des-  
ponéis que el oro del Sultán y del  
Turco, os ha enriquecido.... Asal-  
tais el claustro, pretendéis man-  
cillar á la inocencia, valido de esa  
turba de ladrones, si ladrones que  
hasta este monasterio habeis con-  
ducido, pero aun alienta Cerva-  
tes para deciros. Espinosa, uno  
de los dos ha de quedar aquí sin  
vida.

Espinosa. ¿Estais en vuestro juicio?

Paje. Asesinable.

Miguel. ¿Asesinarme? Os aguardo;  
venid: somos cuatro, venid cua-  
tro cientos, y quedareis tendidos.

(Pausa.)

Cesar. ¡A la lucha!

Maria. Esgrimid vuestro acero.

Miguel. Ya por fin sois mío.

Zascandil. Yo me encargo de este bar-  
bilampino. (por el paje)

Agueda. (ap.) ¿Que hacer Dios mio?

(Cesar pelea con un grupo de emborazados,  
lo propio que Maria. Maese Miguel  
con Espinosa, y Zascandil con el paje.  
Agueda a la puerta de la derecha muy  
ajitada; mucha animación y ruido del  
choque de las espadas.)

Miguel. No temais, que aun tengo  
puño y alma, para arranca-  
ros la existencia...

Espinosa. (Recibiendo una estocada de Maese  
Miguel.) Muerto soy... (cayendo  
con estrépito.)

Zascandil. (ap.) Esto no vá de mentiri-  
jillas....

Maria. ¡Espinosa muerto!

Agueda. Cese esta lucha fratricida.

(Con grandes voces y muy ajitada.)

— Escena última. —

Dichos y el Alcalde de Casa y Corte.



(Corchetes con faroles encendidos, todos por el foro izquierda.)

Alcalde. ¿Dónde está el asesino?

Paje. ¡Va justicia! (Desaparece corriendo en unión de los emborados por el foro derecha.)

Miguel. En leal defensa murió ese hombre. Dios así lo ha permitido y vos, señor Alcalde, pasad á las celdas de esas pobres madres, porque reclaman de la justicia muy especial auxilio.

El Alcalde seguido de los corchetes, penetran en el convento, puerta derecha.

Alcalde. Quedais de todos modos detenidos.

Cesar. Ante la justicia de vuestras palabras, el Rey....

Maria. Os premiará por haber dado muerte á su mayor enemigo.

Faseandil. Ya no respirais mas en toda vuestra vida. (Entre el cadaver de Espinosa.)

Aliguel. Quedais vengado.

Cesar. ¡Maria!

Maria. ¡A la corte!

Aliguel. A la corte sí, porque vuestra madre, señora, al reconocerme ante su presencia y vista, ha de bendeciros.

Maria y Cesar. — ¿Como?

Aliguel. La señora Marquesa de Blancaflor, ha sido durante mi niñez, mi madre adoptiva.

Zascandil. ¡Agueda! ¡Agueda mía!  
Rosarios en el convento....

Cesar. Con esta bolsa repleta de escudos, para que terminéis tranquilamente vuestra vida.

(Entrega á Agueda una bolsa.)

Zascandil. (Soltando la espada.) ¿Será cierto?

Agueda. Desde mañana, á procurar casarme, me dedico.

Zascandil. ¡Gloria eterna al valor y al genio!

Maria. Si, Gloria á Mignel de  
vantes Saavedra.

Mignel. ¡Gloria á Alcalá!

Alcalá madre querida  
manco me viste en Lepanto  
yal verter amargo llanto  
con el te di paz y vida  
Nadie el heroismo abona  
con un lema en nuestro mote  
Quien sabe, acaso el Quijote  
será tu immortal corona.

Enadro. Maria y Cesar á la izquierda;  
Agueda y Zascandil á la derecha. Ma-  
re Mignel en el centro de aquellos dos  
grupos. Espinosa en el foro izquierda  
y muerto.

Cae pensadamente el telón.

Fin del Episodio.

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros